

Marta Marín-Dòmine

Huir fue lo más bello que tuvimos



Galaxia Gutenberg

MARTA MARÍN-DÒMINE

Huir fue lo más bello
que tuvimos

Galaxia Gutenberg



La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Institut Ramon Llull
También disponible en eBook

Título de la edición original: *Fugir era el més bell que teníem*
Traducción del catalá: Marta Marín-Dòmine

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

© Club Editor 1959 S.L.U. y Marta Marín-Dòmine, 2019
Esta edición c/o SalmaiaLit, Agencia Literaria
© de la traducción y revisión: Marta Marín-Dòmine y Josep Maria Panés Calpe, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 12074-2020
ISBN: 978-84-18218-69-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

1. Errar	11
2. Ab-erraciones	15
3. El arraigo como venganza	23
4. La herencia es una ilusión óptica	31
5. Huir	33
6. «Querida esposa, embala los muebles»	39
7. Alejarse	53
8. Olor de extranjero	59
9. Espigar	65
10. Los niños de la guerra	71
11. ¿De qué guerra estoy huyendo?	77
12. Extranjeros en este mundo	83
13. Camino del Pallars Sobirà	95
14. El gusto del archivo	103
15. Padres vencidos	111
16. Una nostalgia seca	115
17. ¿Qué ha sido de vuestra memoria?	123
18. «Nosotros creíamos en todo esto»	129
19. No todos los cuerpos caen a la misma velocidad	137
20. La palabra murmurada	147
21. Sobrevolar	149
22. Epílogo	151
Agradecimientos	155

El cronista que narra los acontecimientos sin hacer distinción entre los grandes y los pequeños tiene presente una gran certeza: que nada de lo que ha acaecido en el pasado tiene que considerarse perdido para la Historia.

WALTER BENJAMIN

Tesis sobre la filosofía de la Historia

La memoria supone un acto de reconocimiento, una separación.

PIERRE BERGOUNIOUX

Carnet de notes

En los vacíos de un archivo es donde podemos encontrar pistas que nos conduzcan a una historia que todavía está por narrar.

ARLETTE FARGE

Le goût de l'archive

Errar

Errar, desviarse de un camino, ir de un lugar a otro sin rumbo.

Errante, errático, erróneo.

Del latín, *errare*, atribuido a quien toma caminos inciertos, a quien vagabundea. A todo aquel que se desplaza sin determinación previa. Una roca errática, un dolor errático.

Quien erra suele producir un cierto malestar en los otros, la gran mayoría sedentaria que pretende haber encontrado casa y destino. Por eso será considerado una persona con cierta inclinación a equivocarse, y de ahí que el errar se haya asociado al error.

Contrariamente a los que se creen arraigados, quien camina sin rumbo –el *erreor*– no teme los equívocos ni los errores. Abierto a los cambios, decantado por elección al movimiento, cuando llega a los lugares no los posee, sino que los habita. Y cuando ya tiene suficiente, por cansancio o con la intención de ahorrarse el deseo a ratos irreprimitible de la posesión (es alérgico a la expresión «*mi casa*»), los abandona, con la ligereza de espíritu de quien no conoce la nostalgia. Es infiel al lugar donde nació, él, el vagabundo, el azogue, el inquieto, el insatisfecho de los paisajes, el que cruza fronteras y aeropuertos, estaciones, camas y casas y amantes.

Los ociosos, los perezosos, también los mundanos, los parias, los perseguidos, los soñadores, los despistados, casi todos los locos, dependen de las brújulas más que de los calendarios. Y es que el espacio se contrapone al tiempo medido palmo a palmo, contado, distribuido. Quien erra recuerda los paisajes, quien echa raíces recuerda los años.

Puede pasar, y pasa, que en el paisaje del errante haga irrupción una fecha, violenta, antropófaga. Cuando el tiempo acuchilla el

paisaje –y por herida no hay que entender los surcos labrados, ni los cambios morfológicos de los caminos, ni los rastros de animales o minerales antiguos, ni los accidentes geológicos de cuevas y barrancos, ni las sucesivas etapas con las que las ciudades ven derribarse el pasado para dejar paso al infinito efímero– de manera que se torna superficie esgrafiada, es decir, cuando la violencia perpetrada a los seres, humanos y animales, deja marca en el paisaje, entonces es cuando irrumpe una fecha que se volverá, primero, recuerdo, y después, memoria. El tiempo, así, es una letra que las generaciones posteriores tendrán que aprender a interpretar antes de que sea tragada por el olvido; así es como el tiempo se disuelve en el espacio.

Los recuerdos del errante se amoldan según los sentidos: «Aquí vio tal cosa», «allí olió tal otra», «más allá probó aquella otra». Los errantes dan forma a los recuerdos según los accidentes del espacio; no saben de monumentos ni de placas. Los recuerdos de un errante emergen por capas tectónicas, las unas impregnadas de las otras, fusionadas, devoradas. Imbricadas. Para el errante, los recuerdos no se producen en superficies planas donde se suceden las inscripciones, las fechas, las gestas. Falto como está de posesiones, para él los recuerdos tienen el aire como pantalla: solo hay que levantar la mirada, o mirar los recuerdos de reojo cuando hacen daño.

El errante sabe que quien erra, obligado o por deseo de dejar atrás patria y amores, está abocado a una vida sin inscripción, como si acarreará un cuerpo ingrávigo, a veces invisible. Como todos, quien erra a veces olvida, pero el errante, en cambio, siempre es olvidado. El olvido es el precio de su libertad. Solo es recordado quien erra como castigo –y, como Caín, lleva por ello el estigma en la frente.

El errante busca el reposo como el agua pasando por guijarros, brechas y canales. Cada pasaje, una Terra Nova. El cuerpo a veces pesado, a veces ingrávigo, el cuerpo habitado sin pautas.

Quien erra, pues, desafía una ley física, la que hace que todos los cuerpos caigan a la misma velocidad. El cuerpo del errante siempre se encuentra a medio caminar, a medio caer: en el camino del olvido total.

Contrariamente al exilio, la errancia es un movimiento perpetuo. Quien se exilia muy a menudo busca casa, en cambio quien persiste en la errancia habita espacios abiertos: arranca los obstáculos de la misma manera en que la excavadora derriba edificios. Exiliado, hay un día en que se puede dejar de serlo; errante se es a perpetuidad.



Cementerio de Montmartre.

Ab-erraciones

El exilio, la errancia, ¿son transmisibles de una generación a otra? ¿Qué huella dejan en los cuerpos de los que los han vivido? ¿Qué marcas en los que hemos venido después?

¿Qué rastro dejan en los niños las miradas y los murmullos que intercambian los adultos en su intento de comunicación furtiva, cuando quieren decir aquello que no se puede decir públicamente? Hablar en un idioma, dicen, que los niños no entienden.

Ya de muy pequeña noté que, a pesar de tu constante buen humor, tu infatigable optimismo y tu espíritu inquieto, probablemente renovados con mi nacimiento –la curiosidad virgen de un niño se contagia a los adultos–, en el lugar en que te tendrían que haber brotado alas de arcángel te nacía un manajo de ramas. De mayor, aprendí a identificar ese ramaje como una incomodidad que cargabas sobre tu espalda, un signo de tu malestar a la hora de hacer frente a un aquí que te había segado las alas. El dolor, probablemente incluso la angustia, de tener que vivir en un lugar, Barcelona, de donde habrías querido huir para cruzar la frontera en dirección al norte y errar, vagar.

El tiempo, sin embargo, giraba bajo el dedo del dictador, como el mundo en la película de Chaplin. Te sentías exiliado sin haberte marchado. Me lo dirás un día, cuando yo ya seré mayor y estaré lejos de la ciudad que siempre te sofocó, «me han robado Barcelona», me dirás. Errabas en los sueños porque en los sueños somos libres, decías tú, impregnado de filosofías existencialistas y orientales que te sostenían. Decías también que en los sueños volabas. Yo heredé ese sueño y de pequeña también volaba. Explicándonos los sueños nos dimos cuenta de que éramos maestros en el arte de virar,

planear y sobrevolar ciudades que, al contrario de Barcelona, se dejaban querer. Puedo decir, pues, que los sueños se heredan.

Habías aprendido a elevarte por encima del espacio que habitabas reteniendo el amor que sentías por dos tierras: la de El Gos, un pueblecito minúsculo cerca de Artesa de Segre, donde ibas a pasar los veranos viniendo de Francia –sobrevolándolo con Google Llego a contar 13 casas y la Viquipèdia registra 31 habitantes–, y el pueblo de Sant Llorenç de Morunys, donde fuiste destinado a hacer aquellos interminables tres años de servicio militar impuesto por el franquismo, con el regimiento de alta montaña. Allí estableciste contacto con el maquis, y con la colaboración de otros soldados rebeldes como tú, facilitasteis el camino a los guerrilleros que atravesaban las montañas, arriesgándoos a una condena por traición.

Después sobrevolabas Béziers, la ciudad de tu infancia. *Ta ville à toi*. Tu ciudad. Tan ciudad era a tus ojos de niño que cuando regresasteis a Barcelona en las postrimerías de 1935, sus barrios te parecían pobres, de costumbres pequeñas para un *garçon biterrois* de doce años. Pronto, sin embargo, aprendiste a amarla, a amar el barrio del Clot, a frecuentar el Ateneu Martinenc, las asociaciones anarquistas a las que iba tu padre. Casi inmediatamente vendrá la guerra, la revolución, así lo decían en tu casa, y después el alistamiento voluntario en la aviación de Sabadell, y en febrero de 1939 la dolorosa marcha del exilio junto con miles de otros que cruzasteis a pie Figueres, La Jonquera, el Voló, y que acabasteis en los campos de internamiento –Argelès, Saint-Cyprien, nunca pronunciasteis estos nombres a la catalana, como se hace ahora cuando se evoca este acontecimiento, una manera muy contemporánea de borrar la voz de los testigos.

Nunca conseguiste recordar cuántos meses pasaste en Saint-Cyprien. Recuerdas, sí, que miembros del SERE te preguntaron si querías, tú, un muchachito de quince años, ir a la URSS o a México. Fatigado, desconcertado, hambriento y añorado como debías estar, el niño aventurero que eras pidió volver a Barcelona con el padre y la hermana. Te habría gustado, sin duda, quedarte en Francia; sabías que de Saint-Cyprien a Béziers había, como máximo, dos días de camino. Pero eras demasiado joven y estabas demasiado solo.

En el momento de tomar la decisión de volver, aún no sabías que serías tú quien se haría cargo de la familia, ya que tu padre, que se había implicado con los anarquistas, no se atrevía a salir a buscar trabajo. Aquella Barcelona de barrio, provinciana y amable, solidaria, a veces estúpida y cruel, pero de la cual tú siempre rescatabas la cara luchadora y obrera, se había convertido, el año 1939, en un territorio empantanado donde había que rehacer las ilusiones y donde, bajo los brazos alzados de los fascistas, se veían sombras que caminaban de soslayo, como perros asustados, pegados a la pared. El espacio por siempre más, herido.

Yo nací allí, cuando probablemente volvía a haber formas y espacios abiertos, diez años después de la desaparición de las cartillas de racionamiento. Y recibí de vosotros, como tantos niños nacidos a finales de los cincuenta, los ademanes de brujo que conjuraban la desnutrición y el raquitismo, las enfermedades de la guerra y la posguerra. Nos queríais gordos y ufanos. «Raquítico» ha formado parte del vocabulario de mi primera infancia, asociado al universo terrible que se abría cuando pronunciabas la palabra «hambre», ambas ligadas a vuestra experiencia de la guerra. Intento situarme en aquella ciudad impregnada de rencores y de miedo, paradójicamente agradecida a una paz impostada.

Nunca quisiste visitar el Ayuntamiento de Barcelona, ni el Palau de la Generalitat. Ni en tiempos de democracia, en que se instituyeron jornadas de puertas abiertas y días de rosas. Imposible. No podías borrar de aquellas paredes el recuerdo del franquismo. Aquellas visitas institucionalizadas siempre te parecieron un poco bobaliconas, un gesto oficial hipócrita, o en todo caso forzado –no sentiste nunca que ninguna institución te representara.

Tu generación recordó siempre el humillante «habla en cristiano» que proscibía el catalán, y los pequeños abusos de poder de unos funcionarios que se paseaban por la ciudad con la actitud de perdonavidas de una película de tercera. Una Barcelona contra la que lucha Andrea, la protagonista de *Nada*, de Carmen Laforet, que parece esforzarse por ver una ciudad luminosa y llena de vida allá donde la realidad es de una gran opresión, política y moral.

En Barcelona siempre erraste, tú y tantos otros que, contrariamente a Andrea, no teníais los recursos de una burguesía colabo-

radora con el franquismo. Para ellos, la ciudad empezaba en la Bonanova y acababa en la calle Aribau, unos metros antes de la Universidad. Tú pertenecías a las barriadas, eras de los que «bajabais a Barcelona», a pasear, a armar jarana o a trabajar. De joven, para no perderte en una ciudad que sentías en manos de franquistas y de sacerdotes (¿qué había sido, te preguntabas, del mundo de los obreros, el bullicio de los barrios, los ateneos, los teatros populares, aquel espacio vuestro y solo vuestro?), trazaste una línea que establecía un trayecto más o menos fijo, como una rutina que te permitiría sentir de manera pautada un bocado de libertad –me gustaría haber hurgado más en tu memoria, haberte escuchado con más detenimiento para poder transmitir ahora lo que sentías entonces, en aquellos tus dieciséis años, veinte años, veinticinco años vividos bajo una dictadura, después de haber luchado por la utopía. ¿Cómo os lo hicisteis para volver a reír, para hacer el amor, para pensar en tener hijos? ¿Qué forma y qué color tenía para vosotros la palabra «futuro»? Nunca me atreví a preguntarte qué sentiste el día en que te diste cuenta de que vuestra juventud y parte de vuestra madurez se os habían escapado bajo una dictadura. Tu derrota, de la guerra, durante la dictadura, me dolía, me ha dolido siempre, y es tan solo ahora que hago intentos por encararla. ¿Cómo es que todavía siento rabia? Sé que nunca haré las paces con este país. Llevo demasiados años mirándolo de soslayo, yo también, como un perro asustado que camina pegado a la pared.

Hice unos primeros pasos para acercarme a lo que intuía que habías perdido a través de una breve y precocísima militancia política, todavía bajo el franquismo. Me dominaba un sentimiento de venganza puro, como el de Juana de Arco, a la que a tu manera admirabas. Sabías que militaba, pero no hablábamos de ello. Como si fuéramos dos buenos camaradas en misión clandestina. Durante la dura represión de los últimos meses del franquismo, me ayudaste a quemar las octavillas que encontramos en el buzón de casa y que dedujimos que alguien había puesto ahí para incriminarme.

En tu mapa urbano de juventud, sé que no faltaron ni las risas, ni la fiesta, ni los amores y las pasiones. La vida empuja. Eras bien plantado, tenías amigos –los liderabas–, rompías corazones. El cine te apasionaba, y también leer y cuidar tu cuerpo. Siempre te habían

gustado los presocráticos y las filosofías naturistas, una afición que supongo heredada de tu familia anarquista. La playa de la Marbella, la de Badalona, a pesar de ser sucias, te prometían dos cosas: sentirte con el cuerpo fuerte y el alma ligera. Y mirar hacia el horizonte. Nadar de espaldas a la ciudad: una tentativa de errancia. Más tarde te aficionaste a los baños de San Sebastián, con aquella piscina espléndida y un trampolín gigante. Me llevabas de pequeña, vamos a los baños, decías algún sábado de verano. Yo admiraba tu estilo pausado de crol y tú me decías que yo tenía una braza espléndida.

De joven, salías muy temprano por la mañana, a hacer largas caminatas por el Forat del Vent o la carretera de les Aigües. Caminos y senderos cerca de la ciudad, bordeándola, rehuyendo su aliento porque aquel monstruo no te pertenecía. Caminabas por sus límites para poder verla desde lo alto, o desde el mar. Y te has muerto también en esos márgenes, en un geriátrico cerca del Tibidabo, un mes de mayo de hace poco. Y los cuidadores te han traído glicinas. En la residencia tuvieron la idea de ponerte a compartir mesa con Floreal, otro viejo anarquista que había vivido en el exilio. Unas semanas antes de morir nos cantaste un tango; de vez en cuando, oías las glicinas que tenías en la mano. Lo tengo filmado.

Los márgenes siempre te sirvieron de bisagra y de atalaya. Lugares de paso y de alerta. Aun así, aquella ciudad ya no era la tuya. Uno de los muchos días en que yo te llamaba desde Toronto, en una de mis frecuentes diatribas contra el país, contra Barcelona –en un enfado dirigido contra ti, como si fueras responsable de mi malestar, tú que no habías sabido darme una ciudad mejor–, me dijiste que me entendías, que tú tampoco te habías sentido bien en Barcelona, nunca. Que hacía mucho que te la habían robado. El corazón se me partió, desolado. Era necesario, pues, disfrazar el hurto para habitar el espacio. Que el espacio ocupado volviese a ser vuestro. Dejadlos hacer, debíais decir, aprenderemos a vivir realquilados, sin dejar de ir a lo nuestro. Nuestro miedo, debíais decir, también les hace daño. El miedo muchas veces es hermano de la venganza: los caciques nunca saben cuándo los sirvientes les ofrecen un plato envenenado.

Cuando nací, la ciudad se te debió endulzar. A pesar de las pérdidas, la muerte de tus hermanas, la de tu madre, enterrada en

Francia, la desaparición de tantos del barrio. Se acababa una década, la de los cincuenta. Habíais aprendido a hablar en murmullos, una lengua de iniciados para poder decir lo que no se podía pronunciar: los muertos en el exilio, la desgracia de aquellos vecinos anarquistas que murieron en Mauthausen («nunca más se supo de ellos», decíais, y entonces venían palabras incomprensibles para una niña, «campos», «nazis»), el tío Manuel, que no podía volver a España, la familia de Lérida exiliada en Argentina, tu padre, que había perdido el trabajo y que nunca más se atrevió a buscar uno por miedo a ser fusilado.

Quizás sí que cuando nací la ciudad se te endulzó. Pero a pesar de eso no hiciste nunca lo que hacían otros padres: llevarme a pasear a las fuentes de la «plaza España» ni a darle vezas a las palomas en «la plaza Cataluña». Ni siquiera entraste en la iglesia donde tuve que hacer la primera comunión. El único padre, claro está, que no entró. Aquel día me pareció que el padre bueno que conocía se había vuelto malo de golpe, y tuve miedo de que el demonio se te llevara. Cuántas veces, años después, me ha hecho sonreír esta anécdota por el atrevimiento anticlerical que reconozco en ella.

De vez en cuando íbamos a pasear a Les Planes y los días agobiantes de verano nos llevabas en coche, a mi madre y a mí, a Santa Cristina d'Aro, o a pasar el fin de semana con vuestros amigos de Calella de Palafrugell. Los días fríos de invierno –había que luchar contra el frío para fortalecer el cuerpo y la mente– salíamos a caminar: Hostalric, Breda, Sant Llorenç de Morunys, Camprodon, Besalú, y Rupit, el pueblo tan querido donde os casasteis. En las vacaciones, Francia, donde la caja torácica alcanzaba por fin la amplitud que le correspondía a cada uno.

Fue con otros adultos de la familia con los que fui a visitar los lugares a los que tú no me llevabas. Cuando llegábamos a aquellas plazas grandes y feas, pensaba que tenía suerte de que me tomaran de la mano porque el corazón me palpitaba flojito, como si temiera ser abandonado por el cuerpo, y el cuerpo se debilitaba, como si de golpe el mundo se hubiera desentendido de mí. Sentía que los mayores que me llevaban también estaban a disgusto allí y era por eso por lo que hacían lo que hacía todo el mundo: comprar el cucurucho de vezas oscuras y feas, aparentar que les gustaban aquellas

palomas tan sucias, con su ronco gorjeo lleno de saliva, y rezar para que no se estrellassen contra nosotros, enloquecidas por la fealdad del entorno. Las plazas, las espantosas grandes plazas de Barcelona, las tardes de paseo con mi madre o con algún tío. Las manchas negras en las aceras, de grasa, de aceite de motor, de chicle, de poca cosa, de cosa mísera. Sentía, sí, que los adultos estaban tan perdidos como yo, a veces caminaban un poco cabizbajos. No mi madre, que caminaba erguida, queriendo comerse un mundo que ya no era el suyo. A ella, a quien la Guardia Civil se llevó un día al «cuartelillo» por un delito contra la moral pública porque se había negado a subirse el tirante del bañador que le había resbalado hasta la mitad del brazo. Como respuesta, ella se había bajado el otro. Tú tuviste que ir a sacarla, orgulloso de lo que había hecho.

Para salvarme de aquel mundo de adultos entre asustados y envalentonados, solo tenía que cerrar los ojos y soltarme de la mano que me daban, y deshacer todo el camino. Volver al jardín de casa, que a mí me parecía un bosque. Allí, en los atardeceres de verano, entre el limonero y la higuera, con los guijarros que crujían bajo las sandalias y los geranios y los pendientes de la reina, de terciopelo rojo y púrpura como el atardecer, os instalabais a tomar el fresco mientras avanzaba la noche. Entonces, desde la cama, cerraba los ojos, pero esta vez no era para escaparme de las palomas ni de las plazas sucias, sino para adentrarme todavía más en aquel momento vuestro y acortar la distancia que había entre el jardín y mi habitación. Cerraba los ojos, sí, para oír mejor el sonido de los cubitos de hielo contra el cristal de los vasos, vuestras voces, prueba de que no me había quedado sola en el mundo. Me gustaba también cuando callabais, entonces oía la voz de Charles Trenet, de Adamo, Sacha Distel, Gilbert Becaud, Mireille Mathieu, pero sobre todo la de Aznavour. Las noches de verano venían atravesadas por otra lengua, se vivían en francés. Como se vivían en francés la nostalgia, la esperanza y las bromas. Cada vez que para hacerme reír pronunciabas una frase en francés cerrabas los ojos, como cuando dejabas que una onza de chocolate se te fundiera en la lengua. Cerrar los ojos, dejarlo todo atrás. Esta lección la aprendí deprisa. Había que cerrar los ojos. Pero, antes, había que errar muchas veces, hasta que encontraras una cosa

dulce, como una onza de chocolate, que se fundiera entre la lengua y el paladar.

Errar, como exiliarse, violenta el paso previsible de las cosas y del tiempo. Quien erra, persiste en una especie de exilio incluso cuando cree que puede pronunciar «casa» sin inquietarse. Se engaña. Ni que sea por distracción o por cansancio. Pero sabe que ha de ser fiel a su periplo. Continuar en la aberración, en el arte de aprender a separarse de los caminos trazados. Hacer la función de la errata, la letra que aparece, inesperadamente, distorsionando el sentido de la palabra.



Barcelona, calle Lepant.